

lo que fuera una época y sus costumbres. Un tiempo y un lugar. Un encanto y unos ritos como los del noviazgo de los padres de Maturana o el de él mismo, adolescente paseando por la carrera Junín de Medellín:

Juniniar para un adolescente de la época, significaba ponerse la pinta, engominarse el pelo con Fijador Lechuga y pararse con uno o varios de la barra en algún sitio sobre la carrera Junín a esas horas en que las pipiolas de Medellín hacían el recorrido por la famosa vía de norte a sur o de sur a norte. En semana, las muchachas lucían sus uniformes de colegialas, sencillas pero con ese encanto embriagador de las quinceañeras. Los sábados en cambio, la cosa era diferente. Ahí, sí, se habían puesto el baúl y la tapa. Las que se habían subido la media, llevaban medias de seda sujetas con ligüero y zapatos con tacón carreta casi siempre blancos; vestían a la moda con trajes talego en línea A de manga sisa y en colores pasteles, y llevaban también guantes y carteras blancos. La elegancia y la distinción al caminar por Junín eran imperativos. Los piropos llovían de ambos lados pero ellas se hacían las desentendidas ruborizándose y conteniendo la respiración. [...] —Se están empezando a volar los ángelesss del cielo... (págs. 100-101)

La crónica futbolística, con su necesario énfasis en las innegables dotes pedagógicas de Maturana, su acento en la educación y en el papel protagónico de la familia, y su capacidad para infundir a sus jugadores mentalidad de triunfo, convive admirablemente con la novela múltiple que este libro va registrando, en nostalgia y poesía cristalizada. En nombres que traspasan el olvido y se convierten en talismanes compartidos: Andrés Escobar, el Pibe Valderrama, el Bolillo Gómez, Leonel Álvarez, René Higuita, Faustino Asprilla, el profesor Maturana. Por ello el libro termina por transmitirnos las mismas ilusio-

nes desafortunadas en que todo el país se embarcó sintiéndose, de antemano, campeón del Mundo, sin haber tocado aún las gramillas de Estados Unidos y dando ahora por sentado cómo los excesos laudatorios de los medios de comunicación y el superávit del dinero mafioso podían torcer, en apuestas y en presiones, en el tortuoso uso de la tecnología para intimidar un seleccionado y su entrenador, un sueño sostenido por el aliento sincero y puro de muchos. Exultación o rabia. Emoción o ira. El libro decanta ahora todo ese cruce de fuerzas en pugna y nos brinda la sólida certidumbre de esclarecernos a nosotros mismos y darnos sentido de pertenencia a esa verdadera patria que es el fútbol. Por ello este diagnóstico, con sus prólogos de Daniel Samper Pizano y Hernán Peláez Restrepo, contribuye, mucho más que tantos anodinos volúmenes "multiculturales", a mostrarnos cuál es nuestra historia verdadera. Historia vista desde abajo, desde raíces populares, donde los adolescentes destrozan su único par de zapatos jugando en la manga.

JUAN GUSTAVO COBO
BORDA

“La esperanza es terca”

“Y Occidente conquistó el mundo”

Antonio Caballero

El Áncora Editores, Bogotá, 2000, 114 págs., il.

Antonio Caballero, escritor y periodista crítico, presenta su síntesis de la penetración e imposición de Occidente frente al mundo. A grandes rasgos y muy a su manera, la excelente prosa y el más fino humor perfilan los trazos de su interpretación histórica:

Se acaba de celebrar en todo el mundo el final del segundo milenio. Se trata, claro está, de una

pura convención, fijada arbitrariamente y con varios siglos de retraso por los reformadores cristianos del calendario para hacer coincidir el año uno (aproximadamente) con la fecha del nacimiento de Cristo. Una convención, pues, que en teoría no afecta a las tres cuartas partes de la humanidad que utilizan calendarios distintos: chinos, indios, todo el islam. Pero que sí los afecta en la práctica.

Porque la práctica de este milenio ha sido cristiana y occidental. Son los mil años en los que el occidente cristiano conquistó el mundo entero, política y culturalmente, imponiendo no sólo su calendario sino su voluntad. Su técnica, su ciencia, su ideología, su cultura, y hasta su manera de vestir...



Introduce Caballero para dar inicio al entretenido y crítico libro. El humor agudo, devastador, arranca:

Lenta pero firmemente, en un caótico revuelo teológico y político de papas y antipapas que duraba tres días o seis meses, que abdicaban o eran ahorcados, que vendían el trono papal o lo compraban, a todo lo largo del siglo XI la Iglesia de Roma se fue haciendo poderosa y segura de sí misma; y sobre todo independiente...

La capacidad de síntesis del autor es una de sus características más notables. En sus columnas periodísticas, en una cuartilla perfila el problema, lo sitúa históricamente, perfila la crítica, lo desglosa y concluye. Así mismo, en este libro resume e interpreta dos mil años de historia en contadas 112 páginas.

Muy pronto “los amigos de Dios” habían dado buena cuenta de sus “enemigos”. Jerusalem cayó en manos de los cruzados francos en 1099, y prácticamente todos sus habitantes fueron pasados a cuchillo, fueran musulmanes o cristianos de Oriente. A los sacerdotes cristianos griegos, coptos y sirios que guardaban los Santos Lugares hubo que torturarlos para que revelaran a sus hermanos de Occidente dónde estaba la verdadera cruz, en cuyo santo nombre se habían hecho todos esos horrores...

Era confuso ese siglo XI, y Caballero lo describe así, a través del papel del tan alabado y cantado Cid Campeador, quien, según el autor, luchaba aquí y allá al lado del mejor postor, vendiendo sus servicios de “campidoctor”:

Por el rey de Castilla contra el de Aragón, cristianos ambos. Por el de Castilla contra el de León, hermanos entre sí. Por el rey moro de Toledo contra el hermano de Castilla. Por el rey moro de Zaragoza contra el rey cristiano de Aragón. Por el rey moro de Valencia contra el conde cristiano de Barcelona. Y finalmente por sí mismo contra el rey moro de Valencia, su antiguo patrón, a quien, conquistada la ciudad, mandó quemar vivo...

Y sigue el siglo XII, y las cruzadas y el azote de la sífilis, y los asaltos y robos vandálicos y la recolección de reliquias y riquezas. Bizancio y el islam entran en decadencia y la “cristiandad occidental cobra cada día más fuerza”:

Crecían los centros urbanos, se desarrollaba el comercio, surgían las universidades (Bolonia, Padua, París, Oxford, son todas de mediados del siglo XII); el ambicioso estilo gótico empezaba a sustituir al modesto románico; nacían en Provenza, en Toscana, en Castilla la Vieja, las literaturas en lenguaje vulgar: francés, italia-

no, español. Aparecía, en efecto un nuevo mundo.

La Iglesia, pues, empezó a afianzar su poderío. El papado, cabeza de la santa Ecclesia, no rivaliza en cuanto a poder militar pero tenía recursos: la excomunión, la propaganda, la intriga; se prohibió el matrimonio a los curas para evitar que se perdieran las tierras por herencia. Roma era, pues, cada vez más fuerte. A esto respondían los emperadores, además de la amenaza militar sobre las posesiones pontificias en tierras italianas. Federico Barbarroja proclamó “sacro” el imperio germánico en 1157 y a cada papa de Roma que lo excomulgaba respondía con la proclamación de un antipapa propio, uno de los cuales llegó a canonizar a Carlomagno...



Se inicia luego la tercera cruzada, con la participación de los reyes de Inglaterra, Francia y Alemania, y afirma el autor:

Con lo cual el emperador, para no parecer impío, se vio forzado a tomar la cruz y partir para Tierra Santa. Se ahogó al cruzar un río. Pero una leyenda asegura que está todavía escondido en una caverna, esperando una mejor ocasión para destruir el papado victorioso.

Empezaba, pues, el siglo XIII y Europa continúa el afán del fortalecimiento de la cristiandad “dirigido a la conquista del mundo”. Pero, afirma el autor, en el mundo aún se ignoraba aquello que se veía venir, y en Asia se forma el imperio mongol de Gengis Kan, el islam se expande

hacia oriente y en la remota América “se hundían los mayas en América central, los aztecas se instalaban en el valle de México, los incas fundaban su capital en Cuzco...”, pero nada de eso le importaba a Occidente, y cuando Marco Polo contó sus experiencias lo acusaron de hereje:

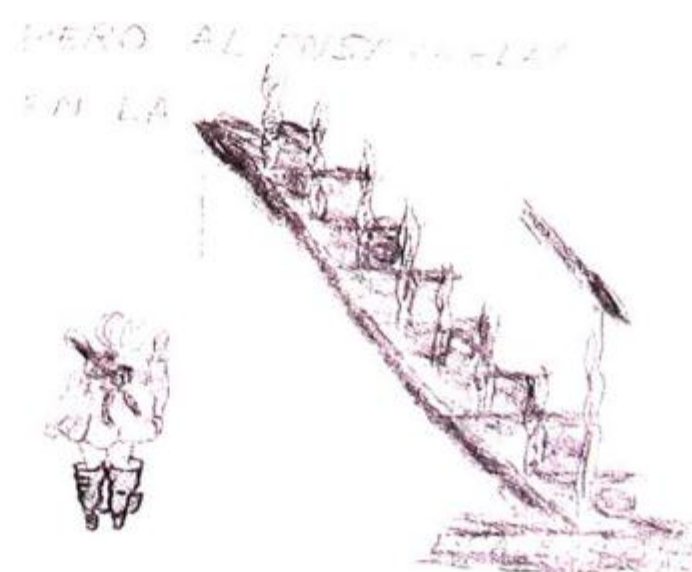
Lo acusaron de herejía, como solía ocurrirle en esa ciega Cristiandad a quien hablara de otra cosa o creyera que el mundo era más ancho que su aldea. El hereje: el enemigo interior.

La Iglesia era, pues, árbitro de las naciones; su supremacía era política, por eso:

...aunque se impulsaron un par de guerras más contra el infiel (pero destinadas en la práctica a saquear a Constantinopla), y aunque el papa y el rey San Luis de Francia soñaron incluso con una alianza con los mongoles gengiskánidas para aplastar el islam, la cruzada verdaderamente importante del siglo fue dirigida contra el seno mismo de la Cristiandad [...] Fueron exterminados a sangre y fuego, para mostrarles que no tenían razón.

No los exterminó la Iglesia, por supuesto. Ésta, aunque sus papas y sus concilios dictaran tremendas penas contra la herejía, se abstendían siempre del derramamiento directo de sangre...

El siglo XIV se abre con “los cuatro jinetes anunciados en el Apocalipsis de san Juan: el hambre, la guerra, la peste. Y la Justicia Divina, que es



ese cuarto jinete que en la enumeración todos olvidamos siempre, porque no se ha visto nunca...”.

Las guerras por doquier y por cualquier razón acrecientan las crisis económicas. Grandes y pequeñas, se suceden, y a los muertos en batalla vienen a sumarse los muertos por la peste, venida de China y Turkestán en una galera genovesa, contagiando todos los puertos que tocaba a su regreso desde Sicilia hasta Marsella. La peste negra redujo de forma increíble la población europea; afectaba especialmente a los más débiles y las condiciones de higiene de las ciudades contribuían a su propagación.

Mató también al rey Alfonso XI de Castilla y a Laura, la novia del poeta Petrarca. En Aviñón, donde desde principios de siglo vivían los papas como rehenes del rey de Francia, exterminó a dos tercios de la corte pontificia. Aniquiló casi por completo a los dominicanos, que constituían entonces la elite intelectual de la Iglesia...

Infortunadamente, no hay espacio suficiente para seguir una reseña minuciosa, amén de fatigar al lector. Se hace necesario tomar apartes que inclinen hacia su lectura, que bien vale la pena.



Y adivino el siglo XV con nombre italiano: el *quattrocento*

Por ese terreno sin vigilar se iba a colar en Italia la antigüedad grecorromana, y por ese rodeo de la antigüedad entraría la novedad revolucionaria del Humanismo. El hombre, y no la teología, volvía a ser la medida de las cosas...

Y continúa el autor:

El hombre se había librado de la tiranía de Dios.

Ese redescubrimiento del hombre de carne y sangre, al cabo de mil años de especulación teológica, provocó una renovación total de las artes, de las letras, de las ciencias. Conllevaba el redescubrimiento de la naturaleza, por una parte, y de los demás, por la otra; es decir, de los antiguos y de los extranjeros. Implicaba que la curiosidad había sustituido a la fe. A eso se le llamó el Renacimiento...



Al final de cada capítulo y a manera de conclusión, el autor esboza un personaje: el Cid en el siglo XI; Robin Hood en el siglo XII; San Francisco de Asís en el siguiente; la muerte y el alquimista que destila el vino para convertirlo en coñac en el siglo XIV. El siglo XV finaliza con un homenaje a Brunelleschi y su gran cúpula construida para la catedral de Santa Maria dei Fiore, en Florencia: “de ese majestuoso y esbelto domo de teja con nervaduras de mármol que reconcilia el arte y la razón, lo bello y lo verdadero, nació el Renacimiento”.

Para Antonio Caballero, el siglo XVI es un “período esquizofrénico”. Pese al desorden, la hegemonía europea se impone por doquier; aquí y allá se masacra y se “conquista” en nombre de la “verdadera fe”. Hacer la guerra era sumamente costoso, pero el dinero y el oro empapado de sangre de indios no sólo se iba en ella: el Renacimiento es el siglo de las iglesias y los palacios, concebidos y adornados por los más grandes arquitectos, escultores, pintores y escultores: Leonardo da Vinci, Miguel Ángel, Rafael, Tiziano y

Tintoretto, el Greco, Brueghel y Van Eyck, entre otros cientos. Aparece luego el manierismo y florecen la filosofía, el teatro, la poesía y otros géneros literarios.

Como si fuera poco, Nicolás Copérnico muestra que la tierra es uno de tantos planetas que giran alrededor del Sol:

El hombre, criatura favorita de Dios, no era ya el centro del universo. Es revelador de la vivacidad que todavía tenía la tolerancia renacentista el simple hecho de que Copérnico no hubiera sido de inmediato quemado en la hoguera. Por mucho menos intentarían llevar a Galileo al cadalso medio siglo después.

Concluye el capítulo con un homenaje a don Quijote y Sancho, quienes, como pocos, son “dos hombres dignos del nombre de hombres”.

El siglo XVII, el *Grand Siècle*, es el de la Francia de los Luises, el del absolutismo de los monarcas, el siglo de Versalles, cuando Francia se dedica con un ejército organizado y profesional a afianzar su poderío, lo que Caballero llama “el discreto ascenso de la burguesía”.

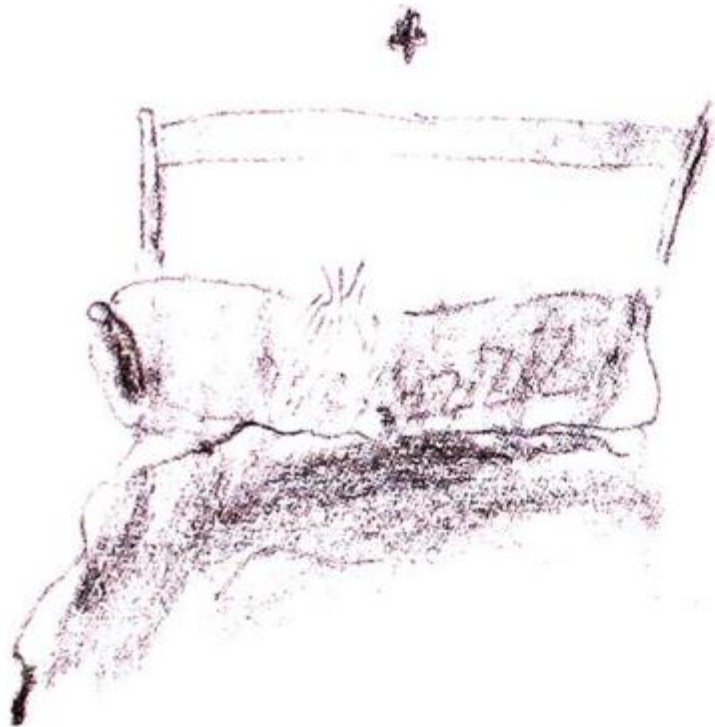
Al siglo XVIII, lo denomina el de la razón y la revolución, el siglo de la crítica para adorar a la diosa Razon, el siglo de la burguesía y también el del despotismo ilustrado. El siglo influenciado por Voltaire, el siglo de la educación, de los enciclopedistas y del revolucionario *Emilio* de Rousseau y de la revolución industrial. Y vamos de prisa al siglo XIX, donde “el gran desorden revolucionario abierto en 1789, que desbarajustó a toda Europa con las guerras de la Revolución Francesa, del Consulado y el imperio, se cerró con la derrota de Napoleón en Waterloo en 1815”.

Siguen las guerras: la de Independencia de la América española, la del opio en China, la de secesión en los Estados Unidos, la francoprusiana y las guerras coloniales en Asia y África. “Para tantas guerras sólo faltó un pretexto: la religión. Es el único siglo de la historia de Occiden-

te en que no hubo derramamientos de sangre en nombre de Dios...".

Y nos acercamos al final, al siglo XX:

¿Socialismo o guerra? Las dos cosas. Guerra por el socialismo, y contra el socialismo, tanto en las clases sociales —veinte revoluciones— como entre otros países —cincuenta guerras nacionales en todos los continentes—, sin contar el oscuro nublado de la guerra fría entre las superpotencias con su amenaza universal de destrucción nuclear. El siglo XX empezó en guerra y terminó en guerra....



Analiza las guerras y matanzas, el horror de la intolerancia y la intransigencia, pero por vez primera una luz al final del túnel:

Aunque quizás no hayan sido los horrores políticos, ideológicos y bélicos, con su secuela de retroceso moral de la humanidad, lo más característico de los últimos cien años. Sino los progresos científicos y técnicos (y en ciertos aspectos inclusive espirituales) que no tienen parangón con los registrados en los cinco o siete mil años anteriores de la historia humana. Queda, pues, la promesa. Y la esperanza es terca.

La esperanza es terca, sí, y además un mal que no nos abandona. El excelente resumen histórico concluye con un parte dedicado al Superhéroe. Caballero, con este aparte, deja ver del todo su malicia, cinismo y humor inteligente:

Sin duda el siglo XX es norteamericano. No sólo porque ahora sean los Estados Unidos la potencia planetaria hegemónica en lo económico, en lo político, en lo militar, en lo científico, en lo tecnológico, en lo cultural. La única superpotencia, para usar un prefijo típicamente norteamericano... sino también porque todo lo que caracteriza este siglo es norteamericano. El automóvil y el cine, el consumo masivo de drogas y la prohibición de las drogas, la píldora anticonceptiva, el dólar, la bomba atómica, la televisión, la silla eléctrica, el avión, la comida basura, la publicidad, la informática, los satélites artificiales [...] Por eso el personaje que encarne este siglo extraordinario y terrible, ultracivilizado y bárbaro, será necesariamente norteamericano. No puede ser ni un científico alemán como Einstein... ni un revolucionario ruso como Lenin... ni un médico austriaco como Freud, ni un caudillo alemán como Hitler... ni un pacifista indio como Gandhi... ni un estadista chino como Mao... ni un guerrillero argentino de Cuba como el Che... ni unos músicos ingleses como los Beatles...

No. Sólo un personaje de ficción puede abarcar, en toda su complejidad y su simplicidad igualmente pasmosa, a los Estados Unidos, república imperial del siglo XX... Se trata de Superman (con su prefijo "super")... Superman es invulnerable e invencible, como los Estados Unidos. Y también a él lo debilita una droga venida del espacio exterior: la kryptonita.

Es realmente un placer leer interpretaciones como éstas, donde en pocas líneas se retoma la esencia de cada uno de los siglos, donde el humor corrosivo es el hilo principal. Caballero deja ver, además, su gran bagaje cultural, que le permite, de un plumazo, resumir dos mil años de la historia del mundo, confusa, convulsa, contradictoria y paradójica.

JIMENA MONTAÑA
CUÉLLAR

Rescate

Etnoliteratura wayuu, estudios críticos y selección de textos

Gabriel Alberto Ferrer y Yolanda Rodríguez

Universidad del Atlántico,
Barranquilla, 1998, 182 págs.

El espíritu de este libro podríamos acercarlo a una etnoliteratura de rescate y difusión de la cultura wayuu, habitante de la península guajira. Rescate, ya que al intensificarse los procesos de cambio cultural dirigido, aculturización y globalización, las comunidades indígenas van perdiendo su bagaje tradicional de expresión espiritual.

Un signo de la debacle es el olvido de la lengua materna, dada por tradición oral a lo largo de milenios. Los antropólogos han denominado a ello "interferencia entre lenguas", fenómeno que se inscribe dentro del más amplio concepto de "lenguas en contacto", lo cual alude al hecho de que dos o más lenguas tengan presencia en una misma región, para ser usadas alternativamente.

La interferencia entre lenguas, según Fernando Romero Loaiza (antropólogo y lingüista, quien tra-

